
WILLIAM P. MCGIVERN
UNA CUESTION DE HONOR



E T I Q U E T A



N E G R A

«Algún día McGivern será, al igual que Graham Greene, reconocido como un novelista de estatura y complejidad; mientras tanto, los lectores podrán gozar de los libros de uno de los más hábiles narradores de nuestros días.» Anthony Boucher

* * *

Una historia de crímenes que tienen que ver con el ejército. Un padre y un hijo, las huellas de la guerra de Vietnam que los separó y una cuestión de honor de por medio. Una de las mejores novelas de McGivern.

* * *

La novela póstuma del autor de *Uno contra todos* (The big heat).

NOTA

Muerto en 1982, William P. McGivern es uno de los sobrevivientes de la generación de la posguerra que continuó activo en la literatura policiaca de los años 70, la época en la que se produjeron cambios significativos en el género en Estados Unidos.

Nacido en Chicago en 1923, McGivern es contemporáneo de la generación de narradores que medran con el fantasma de la guerra fría y con los hipermarginales Thompson y Himes. Tras combatir en la segunda guerra mundial, inicia su carrera literaria en 1948 tratando de mantener las líneas del hard boiled clásico heredero de Goodis y Cain, rompiendo amarras con las nuevas modas de la novela psicológica y las novelas de «procedimiento policiaco» que habrían de ponerse en boga en los 50. Con McGivern los escenarios se han transformado, pero el estilo se mantiene, el tiempo parece negarse al avance y su línea narrativa es una continuidad de la escuela de los duros.

Sus primeros temas tienen que ver con la corrupción policiaca, un tema que le fascina y al que volverá con regularidad. En estos primeros años escribe novelas como *Shield for murder* y *The darkest hour* y sobre todo su primera obra maestra: *Uno contra todos (The big heat)*, que habría de ser un gran éxito en las pantallas de cine y que ha sido publicada en nuestra colección.

En la etapa posterior, se dedica a la televisión y a viajar escribiendo novelas llenas de desencanto, que curiosamente tienen su escenario en el Mediterráneo europeo y africano, varias de ellas en España.

Cuando su carrera parecía haberse estancado, McGivern retorna a fines de los años 60 con libros de excelente factura que le permiten volver a las listas de los «best-seller» en Estados Unidos.

De esta época son libros conocidos por los lectores de habla española como La noche del degollador y Objetivo Wall Street. Sus libros son llevados al cine por Robert Wise, Robert Butler y Fritz Lang, entre otros conocidos realizadores, y McGivern se encuentra listo para un nuevo salto en su carrera.

Éste tendrá que ver con la guerra de Vietnam que le provoca una novela de eco sobre la segunda guerra mundial, Soldados del 44, y la novela que ahora publicamos, editada póstumamente en 1984, Una cuestión de honor.

Etiqueta Negra ha publicado hasta ahora tres libros de McGivern Un asesino contratado (EN 34) y Uno contra todos (EN 108), han sido los dos anteriores.

PIT II

Esta novela es una obra de ficción por completo. Sus personajes, al igual que los acontecimientos en ella relatados, no se corresponden con sucesos ni seres reales.

RECONOCIMIENTO

He de dar gracias especialmente a los amigos que aportaron ideas e información para este libro: Maggie Daly («Madre Chicago»), y Patricia Leeds, ambas del *Tribune*, de Chicago; Helen McGill Tubbs, de Roma y Nueva York; oficiales Nick Kitowski y Sergio Rajkovich, del 18.º Distrito de Policía de Chicago, por la aportación de noticias sobre su ciudad, y de modo particular a Cabrini Green, y al doctor Kenneth Lambert, del St. John's Hospital, de Jackson, Wyoming, por amparar a Duro Lasari y haberle hecho concebir esperanzas cuando más lo necesitaba.

CAPÍTULO UNO

El joven soldado fue alcanzado en la espalda por tres balas disparadas desde un coche que pasaba, en el momento de desviarse de su camino para orinar en un solar del sur de Chicago. La sección balística determinó más tarde que el soldado Randolph Lewis, identificado por sus huellas dactilares, murió instantáneamente a causa del impacto de dos balas del calibre 45, que se incrustaron en su cuello y en los hombros. Los análisis del laboratorio revelaron la existencia de una concentrada mezcla de alcohol y narcóticos en el torrente circulatorio del soldado negro.

Un viejo borracho oyó los disparos, viendo cómo un coche giraba para perderse de vista media manzana más allá de una hilera de edificios a oscuras y un par de iluminados bares de los de costillas y cerveza. Hundido en la entrada de una lavandería incendiada, el borracho oyó sonriendo estúpidamente los disparos, cuyos ecos explotaron como petardos de feria en su cabeza. Una pareja de busconas ataviadas con botas muy ajustadas a las piernas y faldas cortas de cuero vieron al soldado caer de frente sobre unos matorrales en la parte baja de la calle, desde un bar llamado *The Studsville*. El parpadeante anuncio de gas neón hizo lustrosos sus impasibles y oscuros rostros, arrancándoles brillantes reflejos.

Cuando el sedán gris pasó como una centella ante las dos mujeres, éstas intercambiaron unas miradas, cerrando sus paraguas a rayas. En la parte baja de la fría calle, reluciente por efecto de la lluvia caída, un rufián hizo una seña apremiante, perdiéndose luego en el interior de uno de los bares, en los cristales de cuyas ventanas se anunciaban con

agua de cal las especialidades del bar: sopa roja de habas y costillas asadas. Las mujeres sacudieron las gotas de lluvia de sus paraguas y se encaminaron al *The Studsville*. Una ráfaga de rock duro irrumpió estruendosamente en la calle cuando abrieron las pesadas puertas de vidrio. El viejo borracho del chamuscado portal oyó las fuertes notas musicales y creyó que alguien estaba disparando de nuevo. Tosió, alarmado, y estuvo a punto de ahogarse por culpa de una tragantada de dulce moscatel.

El soldado se quedó tendido boca arriba, cayendo el agua de la lluvia en sus ojos, abiertos. Los botes de cerveza y botellas rotas que se veían a su alrededor quedaron manchados con gotas de sangre. Unos segundos después de haberse producido los disparos, dos negros adolescentes salieron corriendo de las sombras de la calle, en dirección al cadáver. Con unos rápidos movimientos, que la práctica había hecho ágiles, volvieron del revés los bolsillos del soldado muerto, despojándolo de su cinturón, del reloj de pulsera y de las botas.

Un «jet» de cabina doble, con las luces de las alas centelleando, rugió sobre la ciudad, rumbo a su base, el Aeropuerto Internacional de O'Hare. El 747 voló a lo largo de la difuminada línea del firmamento, y el sonido de sus motores apagó el gemido cada vez más audible de una sirena policíaca, que se aproximaba al lugar del crimen. Los dos adolescentes huyeron a toda prisa del apestoso solar, en busca de la vía cercana. Un coche patrulla de la policía de Chicago pasó como una exhalación por delante del *The Studsville*. La luz de su parte superior proyectaba intermitentes rayos carmesí sobre las fachadas de los establecimientos y las húmedas aceras. El vehículo se detuvo finalmente a la altura del cadáver estirado del soldado.

No hubo testigos de aquel crimen. Nadie había oído los disparos, con la excepción del borracho, cuyo testimonio era fugaz e incoherente. En su excitación, había vomitado sobre su largo y oscuro abrigo, y el agente uniformado se

apartó enseguida del hombre, que olía a agrio, el mareante olor de las uvas fermentadas. El soldado había estado bebiendo en el *The Studsville* hasta cerca de la medianoche. Sólo había hablado con una persona, el camarero, a quien contó que estaba esperando a un amigo, pidiendo whisky, que tomó con unos sorbos de cerveza, hasta que el camarero le dijo que ya había bebido bastante. Parecía estar claro que el soldado se había detenido en el solar para satisfacer una necesidad física. La cremallera de los pantalones de uniforme estaba descorrida, habiendo quedado sus genitales al aire. Había unas huellas recientes de rodaduras en el suelo, cerca de la cuneta. Alguien se lo había cargado, desde un coche. Naturalmente, comentó un policía, nadie había visto «una jodida» cosa, nadie podía darles a conocer la marca del vehículo, en suma, ni los números que figuraban en las placas de la matrícula. El borracho explicó a gritos que aquello había sido como una celebración del 4 de Julio, o el estampido de unas botellas de champaña al salir disparados los tapones de las botellas, o cualquier condenada cosa por el estilo.

Llegó una ambulancia de la policía, y sus dos servidores esperaron en la cabina mientras un funcionario del forense, tras haberse subido el cuello del gabán, se inclinaba sobre el soldado tendido en el suelo, bajo el aguanieve que ahora caía, para proceder al examen del cadáver.

El viento que soplaba sobre las oscuras y removidas aguas del lago era intensamente frío. Al desplazarse en ráfagas sobre la línea de la costa, chocaba con los fulgurantes edificios del Michigan Bulevar, dando lugar a remolinos de papeles y restos de diversas clases a lo largo de las amplias aceras y las húmedas cunetas.

Desde los monitores de la Guardia de Costas, en la escollera de la Armada, habían sido expedidos algunos alertas relativos a la fuerza del temporal. Se estaba pasando

avisos a todos los puertos y secciones costeras, destinados a las embarcaciones menores. En las últimas emisiones de la televisión sobre el tiempo se veían transeúntes que circulaban con sus paraguas vueltos, balanceándose precariamente al doblar una esquina en el distrito de mayor actividad comercial durante las horas de mayor aglomeración, o viéndose casi inmovilizados por el viento, que soplaba a rachas con furia.

En una intersección, al norte de Diversey y Clark, un joven llamado Duro Lasari estaba observando las luces de la planta baja de un edificio de estilo antiguo, una construcción de ladrillos. Dominando el rumor del viento, oíase de vez en cuando la sirena de un coche policía o del servicio de contraincendios. En la siguiente manzana continuaba abierto un restaurante pequeño, de los que normalmente no cierran en toda la noche y se especializan en comidas económicas. La ventana de la fachada proyectaba un luminoso cuadrado sobre el húmedo pavimento.

Duro Lasari sopló sobre sus manos, golpeándose con ellas los brazos. Calzaba unas sólidas botas de trabajar y vestía pantalones de vaquero, y un chaquetón de gruesa tela forrada de lana, pero el viento atravesaba sus ropas igual que hubiera podido hacerlo una navaja de afeitar. Tenía los ojos llorosos, las lágrimas se le helaban sobre los pómulos.

Lasari estaba observando a la gente que trabajaba bajo unas luces de techo en la oficina que daba a la calle. Un par de mesas escritorio miraban a un gran ventanal sucio, con su parte exterior, a la altura del antepecho, cubierta de nieve de otros días, endurecida. Tras la ventana, cuatro figuras se movían, yendo desde las mesas de trabajo a los estantes y archivos. Ante la mesa más grande se hallaba sentada una dama madura, de aspecto muy cuidado, que vestía pantalones a cuadros. Fruncía el ceño al examinar algunos expedientes, firmaba papeles y hablaba por teléfono, dando la impresión de estar al frente de todo. Dos hombres jóvenes

se entregaban a la tarea de clasificar documentos y registros mecanográficos. Había allí también una chica pelirroja que tenía un horario alternativo. La primera noche había llegado a las once, la siguiente a las diez y cuarto, y esta noche había hecho acto de presencia casi a las doce, llegando en un taxi. Nada más apearse, entró en la oficina, sentándose ante una de las mesas de trabajo. A través del frío escozor que el viento le producía en los ojos, la dotación de la oficina se le antojaba casi irreal a Lasari, quien veía a aquellas figuras como si hubieran estado moviéndose bajo el agua. Aguzó la vista para leer las letras pintadas en la ventana de la oficina:

SERVICIO DE AYUDA A LOS VETERANOS ENTRE, POR
FAVOR

Duro Lasari llevaba ya tres noches seguidas plantándose en aquella intersección, tratando de decidirse a cruzar la calle para entrar en la oficina, con objeto de hablar con alguien de sus problemas.

Se golpeó los brazos, optando ahora por dar la vuelta a la manzana una vez más, andando a paso rápido, para activar la circulación de la sangre y luego hacer aquello, entrar en aquella oficina, tal como Carlos le indicara que debía hacer, para explicar su versión de lo sucedido.

Su nombre completo era Durham Francis Lasari, pero a él siempre le habían llamado Duro, en la escuela, allá abajo, en Florida, en el ejército, dondequiera que hubiese trabajado, y nunca Durham, ni Francis. Los integrantes de su pelotón, los doctores de Fitzsimons, le conocían solamente por el nombre de Duro Lasari. Su madre le había llamado Durham sólo en dos ocasiones, según recordaba. Una vez había sido en Navidad, en Carolina del Norte, teniendo él siete años, cuando le diera sus pendientes como campanillas de oro; la segunda vez no acertaba a evocarla claramente.

Caminando hacia el sur desde Diversey, Lasari hundió las manos en los bolsillos inclinados de su chaquetón. En una calle, dos viejos discutían, disputándose una botella de vino, forcejeando para arrebatarla uno al otro. Sus quejumbrosas voces sonaban en un tono bajo, agudo y casi íntimo. En la vía siguiente, un poco más allá del marco de luz del restaurante barato, tres chicos latinos que vestían chaquetas de color verde, como el de uno de los uniformes de la Armada, tocándose con gorras de béisbol de los Chicago Cubs, observaban a Lasari, expectantes. Sin dejar de fumar cigarrillos negros, hacían pases de boxeo contra un contrincante imaginario, describiendo círculos, arrastrando mucho los pies, dominando la acera en toda su anchura, produciendo con los tacones de sus botas, altas hasta los tobillos, una serie seguida de ruidosos sonidos de claqué.

Lasari cruzó la avenida para evitar al trío, continuando hacia el sur, por la calle en sombras. Su maniobra fue estratégica, no táctica; la norma a seguir ahora era no buscarse ninguna complicación física, incluso una violación de las reglas de tráfico, aun de escasa importancia, podía llevarle a una comisaría de policía, o a un hospital, donde siempre había funcionarios que hacían preguntas, e impresos a rellenar en máquinas de escribir, y exigencias de identificación sobre la marcha. Duro sabía arreglárselas solo; esto no era un problema. Ahora bien, había que tener en cuenta lo que podía venir más tarde, la cinta roja en que todos querían envolverle, atrapándole.

Lasari era un hombre de talla media, que se hallaba en posesión de un cuerpo esbelto y ágil, y unas manos anchas, fuertes, que además sabía utilizar adecuadamente. Habían sido las gorras de béisbol con que se tocaban los tres jóvenes lo que disparara su ira, lo que seguidamente le hiciera actuar con cautela. *Punks*, pensó Duro. «Simples exhibicionistas; *punks* sin talento.» Las gorras le hicieron recordar dos temporadas de juego, en primavera, pasadas en el colegio, y la época de Florida, cuando llegara a creer que el

béisbol sería su pasaporte, lo que le llevaría a alguna parte. Su fuerte brazo le había permitido ser muy preciso al arrojar la pelota, cuando jugara al béisbol en el colegio, en Durham, Carolina de Norte, y durante el año que actuó de semiprofesional. Poseía también un gran alcance, a causa de su velocidad y de sus manos.

Un descubridor de nuevos valores del Triple-A, un hombre de cabellos grises ya, que jugara de *pitcher* con los Dodgers cuando estaban todavía en Brooklyn, hizo ver a Duro que su posición en el terreno de juego y su velocidad no constituían para él un problema; su problema consistía en lograr hacer una base de modo efectivo. «Tú puedes golpear una pelota rápida a la altura de la cintura, muchacho —le había dicho aquel hombre—, pero es que esto puede hacerlo *cualquier jugador*. Cuando se trata de una de esas pelotas de efecto a la derecha lanzadas con la izquierda y viceversa, has de ser capaz de establecer contacto con el jugador contrario yendo hacia él. De no ser así, creas un vacío, y entonces ya puedes decir a todo adiós.»

Pero las sesiones de entrenamiento, la preparación física, los sudores y esfuerzos consiguientes, en la atmósfera húmeda y con olor a fruta de los terrenos de juego de Lakeland, Florida, no le habían caído bien a Duro Lasari. El equipo le había dado de lado al cabo de un año.

Lasari se ciñó más el cuello de su chaquetón y se inclinó contra el viento. Sus cabellos eran espesos y oscuros; su faz, de expresión dura y concentrada. Su expresión normal, la que mostraba al mundo, venía a ser una de atenta y fría apreciación, acompañada de una apariencia de dignidad y reserva que era también desafiante. Había en él una retadora y racial delicadeza, definida en su más pura forma en los retratos de hacía siglos que podían contemplarse en los museos de Florida. Duro había visto tales retratos en los libros, sintiéndose divertido al descubrir en ellos la sombra de sí mismo, emergiendo de unos borrosos óleos, al verse

reflejado en los vivos y oscuros ojos de los cortesanos, sombreados por plumas y sombreros blandos.

Un coche de la policía avanzó hacia la manzana que tenía delante. Se movía en su rutinaria labor de vigilancia, no porque lo hubiera llamado alguien, por cuya razón la luz del techo estaba apagada. No obstante, cualquier persona que circulara por las calles, en esta mísera zona, y a aquella hora, podía ser abordada por los agentes con el fin de ser interrogada. Sin apretar el paso, ni alterar de ningún otro modo el ritmo del mismo, Lasari dio la vuelta y volvió a entrar en el restaurante barato, donde pidió café solo y una tostada de pan de centeno.

Su coche estaba aparcado al otro lado de la calle. Era un Pontiac GTO, que contaba ya doce años, pero que se encontraba todavía en buenas condiciones. La camarera se fijó en que él lo estaba mirando en el momento de servirle el café en el mostrador.

—Es como los de antes —comentó la camarera.

La muchacha se quedó con la vista fija en el viejo Pontiac, que relucía bajo la lluvia. Era una chica de unos diecinueve años de edad, metida en carnes, suave, con los cabellos rubios y rizados.

—Bueno, al menos como yo recuerdo los de ayer —manifestó—. Ese Goat de ahí es suyo, ¿no, señor?

El coche de la policía acababa de pasar por allí, perdiéndose de vista calle abajo.

—Sí —respondió él.

—Esos coches con los mejores. No lo digo por experiencia propia, sino por la de mi hermano. —La joven le sonrió—. Se llegó a sentir como un dios o algo por el estilo. Era todavía una criatura cuando se compró un Goat, yéndose a vivir a California. Me escribió diciéndome que había llegado a ponerlo corriendo en los ciento cincuenta kilómetros por hora, casi, atravesando Kansas.

—¿Y no le salió nadie que le parara los pies? —inquirió Lasari.

—Sobre eso no llegó a decirme nada —declaró la camarera—. Ahora vive cerca de San Diego, y trabaja en los aguacates. Todavía tiene el coche.

Lasari sorbió su café. La taza comunicó una leve oleada de grato calorcillo a sus frías manos. Estaba contento de haberse sentado ante el mostrador, y de escuchar a la camarera, que pensaba en aquellos instantes en un coche trucado y un hermano al que no había visto desde hacía años, quien se consideraba un dios. Aplazaba así la llegada del momento en que tendría que abandonar aquel lugar cálido para encaminarse a la oficina de los veteranos y explicar a los que se hallaban allí lo que había hecho.